

Un “joven” docente de la “vieja” escuela

Mientras muchos “gurús” culpan a los métodos tradicionales de los males resultados de la educación, un joven docente francés no teme ir contra la corriente y aplica la clásica “mano dura”.



El profesor Jérémie Fontanieu exige disciplina, esfuerzo, y buenos resultados en las evaluaciones periódicas. Estos conceptos, que cierta pedagogía moderna ha convertido en malas palabras, son aplicados en Francia por un docente de tan solo 25 años de edad y tres de experiencia docente.

Fontanieu enseña Ciencias Económicas y Sociales a estudiantes de los últimos años del liceo Eugène Delacroix, en la localidad de Drancy, una zona que en Uruguay llamaríamos de contexto crítico, en las afueras de París.

Fontanieu se fijó como meta lograr que todos sus alumnos aprueben el bachillerato, sin excepción. En la universidad, dice este graduado de Ciencias

Políticas, que consumió mucho Pierre Bourdieu, el sociólogo que expuso los mecanismos de reproducción de las jerarquías sociales. Pero él decidió luchar para quebrar esa lógica que condena al hijo de pobre al fracaso escolar. “En la facultad descubro el mundo escolar a través de Bourdieu, pero luego me vuelvo profe y veo que tiene razón pero yo me digo: el mundo es como es, ¿lo acepto? Yo quiero una escuela que recupere su rol de ascensor social”, afirma.

“Por un lado están las desigualdades sociales, el racismo, la discriminación; parte del fracaso escolar se debe a la sociedad, innegablemente, pero también hay una parte muy importante que es la responsabilidad individual, qué hacemos con nosotros



mismos. Yo pongo a mis alumnos a es-tu-diar. Y hay una diferencia colosal entre el momento en que empiezan y cuando le toman el gusto al estudio e interiorizan la ambición. O sea, está el sistema, pero hay espacio para llegar luchando, y cuanto más obstáculos a vencer, más bella es la victoria”.

En el liceo de Drancy, constató “mucho abandono y resignación en chicos que sienten que están condenados al fracaso y entonces no estudian”. “Yo quiero torcerles el brazo a los determinismos sociales. Estos chicos no tienen método ni disciplina de estudio, pero no es sorprendente, tampoco yo lo tenía a su edad. Pero yo vengo de un medio burgués, hice Ciencias Políticas porque pude ir a una preparatoria paga. En este barrio, o llegan por la escuela o les será muy difícil”.

El profesor está convencido de que el bachillerato es accesible a todos, pese al panorama desolador: estudiantes desmotivados, poco dispuestos a trabajar, proclives a la violencia verbal y la falta de respeto. En una zona que, además, tiene históricamente resultados por debajo del promedio.

Afirma que quiere devolverles el gusto por el estudio, aún apelando a la “mano dura”, como dice con ironía. De a poco, se gana la confianza de sus estudiantes. Y la de los padres. Y luego también de sus colegas cuya cooperación considera esencial.

“Constaté la falta de trabajo y mi respuesta fue algo brutal, simple”, admite.

“No hay magia en mi método, ni rebuscadas teorías pedagógicas: se trata de hacerlos trabajar”. Para lograrlo apela a métodos de la vieja escuela: tolerancia cero para toda indisciplina, pruebas semanales, nada de regalar nota, sino todo lo contrario. Si un alumno decae en su rendimiento, él envía un mensaje a los padres. Consciente de que el chico que no tiene respaldo familiar no hará los deberes en casa o no los hará bien, y que ésa es otra fuente de inequidad, él controla los avances en el aprendizaje semana a semana.

“Soy pragmático, no tengo ideología. Les meto presión a los alumnos, grito, llamo a los padres. Una calificación dura, semanal, un punto descontado por cada respuesta incorrecta: eso funciona como electroshock para alumnos acostumbrados a zafar con una nota media. Al cabo de un tiempo, si no estudian, les pido a los padres que los priven de salida un fin de semana o que les quiten el celular”.

Cuando la prensa francesa, ya interesada en lo diferente de sus métodos, en éstos tiempos, le preguntan si eso no es “infantilizar” a chicos que ya son casi adultos, Fontanieu responde: “Son niños, los tomo como lo que son, no es peyorativo, son irresponsables. ¿Qué hacemos frente a la falta de



esfuerzo? ¿Los dejamos librados a su suerte? Me dicen: ‘caramba, te comportas como un padre, ya son grandes, tienen 16, 17’. Sí, me gustaría que fuesen grandes e hiciesen las cosas por sí mismos, pero no es el caso. La idea es que, a la larga, sean autónomos. Al comienzo, mis clases son como el servicio militar, y yo tengo reputación de nazi, reaccionario, profe horrible... Pero de a poco empiezan a interiorizar la norma y le toman el gusto porque ven que cuando estudian tienen resultados. De a poco se afloja la presión y pueden volar por sí mismos. La autonomía se conquista de a poco”.

De acuerdo a los informes periodísticos, los alumnos de Jérémie, que al comienzo protestaron por su rigidez, hoy valoran un sistema que los hace progresar, y son los mejores defensores y propagandistas del sistema de este singular profesor.

Pero además, la disciplina no concierne sólo al estudio: “No tolero clanes ni comentarios negativos, ni llegadas tarde”. Tampoco que sean groseros. “La violencia verbal de los alumnos es el síntoma de una relación con el mundo y con los otros particularmente brutal e irrespetuosa, y que me indigna”, explica Fontanieu. Además, señala, es un lenguaje que les cierra puertas, que refuerza los clichés que el resto de la sociedad tiene sobre los jóvenes de barrios humildes.

Aunque no es pedagogo y reconoce que su método es intuitivo, si le da resultados, a Jérémie le gustaría que se difunda. “A los alumnos del último año les digo que estamos haciendo algo que nos supera, y que si mañana logramos que los 35 aprueben, o sea 100% de eficacia, esta experiencia podrá replicarse”. Promueve que los investigadores y expertos vayan a ver su clase, y “respalden

esta escuela del éxito basado en la certeza de que todos pueden lograrlo negándose a seguir los caminos que la fatalidad les ha trazado”.

POLÉMICA PEDAGÓGICA

De acuerdo a los informes de la prensa local, desde que Francia obtuvo malos resultados en las últimas pruebas PISA, en el país estalló la polémica. Como acusados, los cultores del pedagogismo constructivista, que postula que el alumno construye su propio saber y que el maestro no es el dueño del conocimiento, lo que ha redundado en deslegitimación de la función docente y relajamiento de la disciplina. Ahora son muchos los profesores –y muchos los padres– que desean la vuelta a una mayor sistematización en los estudios, a más contención y exigencia. A una escuela que vuelva a ser poderosa herramienta de igualdad social.

“Los estudiantes que apuestan en mayor medida al trabajo que al talento obtienen mejores puntajes en las pruebas de matemática”, fue una de las conclusiones de Andrea Schleicher, responsable de Educación en la OCDE, y redactora del último informe PISA.

Es el postulado de Jérémie: el que estudia, obtendrá resultados, sea cual sea su extracción social. “La pereza es el núcleo de la reproducción social, dice, parafraseando a Bourdieu. Sin esfuerzo, asistimos a la autodestrucción de sus vidas por parte de chicos de 15 años”.

La conclusión de la OCDE es significativa: el éxito es un asunto de creencia de que el trabajo y la perseverancia “pagan” más que la inteligencia o el talento innato.